

## La mirada de Doménico Chiappe

La publicación de *A sangre fría*, la novela de no ficción que consagró al escritor estadounidense Truman Capote, cambió al periodismo para siempre en todo el mundo. Salvo en América Latina, donde un tal Gabriel García Márquez escribía historias casi alucinadas que ocurrían en la costa atlántica de Colombia en la década de 1950, el periodismo era considerado incluso por sus propios exponentes como un oficio menor pero necesario para poder comer. Bastaba con que respondiera a las cinco preguntas impuestas por la agencias noticiosas –qué, quién, cómo, cuándo y por qué- para cumplir con el propósito de informar.

Capote demostró que las mejores historias ya han ocurrido y que solo falta saber observar bien para poder identificarlas. Todos los que han venido después –Norman Mailer, Gay Talese, Jon Lee Anderson, Tomás Eloy Martínez y un largo etcétera- son exponentes de un dogma de fe. Es posible, sin distorsionar los hechos, utilizar las técnicas de un novelista para dotar a una historia de un poder de persuasión similar al de la ficción. El periodista con talento sabrá advertir cuándo se topa con una joya preciosa digna de ser convertirla en un relato.

Doménico Chiappe, no me cabe la menor duda, posee ese talento y lo ha desplegado en este magnífico volumen de crónicas, llamado *Cédula de Identidad*, que me honra prologar. Conocí a Doménico hace más de 20 años mientras estudiábamos Comunicación Social en la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas. Lo admiraba en secreto: en 1991 o 1992, ya no lo recuerdo con precisión, un cortometraje suyo había premiado en un festival de video universitario. A la vez trabajaba en una novela multimedia llamada *Tierra de extracción*, una rareza en un tiempo en el que todavía no existía internet. Tenía una voz y una mirada que a esa temprana edad –20 años si acaso- sobresalía entre aquel grupo de jóvenes que aún no encontraba su camino dentro de una carrera que abarcaba muchas áreas.

Más de una vez discutimos acerca de las historias que nos gustaban y nuestra aproximación al periodismo. Nos cuestionamos el tratamiento dado a un personaje en los pasillos de la universidad o en El León, la cervecería preferida de los universitarios, en las colaboraciones que ambos publicábamos en los diarios de Caracas. Hay una anécdota que recuerdo claramente: yo me enorgullecía de haber entrado a la cárcel para entrevistar a un policía asesino para el semanario donde escribía. Muchos me felicitaron por el solo gesto de entrar a una tenebrosa prisión local, pero Chiappe, siempre ajeno a suscribir la opinión de la manada, me reclamó la empatía que tuve con el personaje y que era evidente con solo leer la nota. En los meses sucesivos traté muchas veces de evadirlo porque su juicio, aunque certero, me resultaba incómodo y me obligaba a replantearme.

Muchos años después, cuando coincidimos en la redacción de *El Nacional*, en Caracas y leí las primeras versiones de los textos que nos presenta en este compendio, empecé a entender por qué rehuía con tanto afán del cliché. El periodista que trabaja para que su trabajo trascienda siempre desconfía de las primeras impresiones. Así es Doménico. La desconfianza es su combustible. Donde otros, de buenas a primeras, instalan certezas definitivas como las fundaciones, él prefiere la duda y la indagación antes de emitir un juicio que, de paso, nunca pretende ser eterno. No es gratuito que las crónicas de *Cédula de Identidad* tengan más preguntas que respuestas definitivas.

Muchos podrían criticarle a Doménico, quien reside en España desde hace más de una década, que haya decidido escribir sobre Venezuela cuando no vive nuestro trágico día a día. No creo que eso lo invalide. Al contrario. La distancia le ha dado una desapego que a quienes viven aquí les cuesta desarrollar. Solo desde esa distancia se puede rescatar, en un hermoso texto como “La mujer de las heridas abiertas”, el valor de una ciudad como Caracas, que está sepultada bajo la costra de sus problemas de movilidad, inseguridad y contaminación. Para Chiappe, el valor de su belleza justamente está en esa paradoja. Como la mujer, la capital de Venezuela no revela sus encantos en las primeras citas.

Estas crónicas están imbricadas por una misma idea: el esplendor y la decadencia de un país contra el cual se ha ensañado no solo su dirigencia política, sino sus propios habitantes. Para sobrevivir los venezolanos libramos una guerra contra nosotros mismos para tratar de encontrar entre la basura algo de esa belleza perdida, un cable a tierra con el pasado que alguna vez tuvimos. Pero eso, nos dice Chiappe, tal vez sea inútil. El autor no escribe para recordar a los lectores la vida que perdimos y lo que podemos hacer para recuperarla. El gran aporte de este libro es narrar a Venezuela, sin juicios de valor, con los adjetivos necesarios, de modo que el lector que se pasee por estas páginas sepa interpretarla para poder sobrevivir.

Digámoslo sin rodeos: estamos frente a uno de los grandes volúmenes de la crónica venezolana de cualquier época. Lo tiene todo: una voz, una mirada y una lectura del país que rehúye de esa indulgencia tan nuestra a la hora de valorarnos.

Alfredo Meza

Caracas, mayo de 2014